

---

## Cultura Global: hacia la redefinición de los roles de cultura, Estado y economía

---

**Investigadora:**

Marta Jimena Cabrera

Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales  
CIPE, Universidad Externado de Colombia

---

**INTRODUCCIÓN**

*El progreso de las civilizaciones conduce de la agricultura a la paradoja.*

E. M. Cioran

Con el debilitamiento de los frentes ideológicos y el relativo distanciamiento del discurso político, la cultura se ha convertido en un nuevo marco de referencia social desde donde se debaten temas como el papel del Estado, la identidad (global-nacional-regional) y las ventajas o desventajas de la economía de mercado.

El punto inicial de esta disyuntiva se sitúa temporalmente en 1453, cuando Constantinopla, capital del imperio bizantino cae en manos de los turcos otomanos. Este hecho, junto con el "descubrimiento" de América, en 1492, comienza la moderna historia occidental. La capital bizantina había sido sede del Imperio romano de Oriente, fundado un milenio antes por Constantino. A la caída de Constantinopla, el Mediterráneo occidental quedó bloqueado para la Europa meridional, trasladando el centro de gravedad hacia lo que serían Alemania, Francia e Inglaterra, a la vez que convertía el Atlántico en la

Pero Occidente era mucho más que un "lugar geográfico"; era una "civilización", la cual se veía amenazada en este siglo por el nazismo, en primera instancia, que proclamó una raza superior y el exterminio de los judíos, voluntad ésta que concluiría con la muerte de seis millones de seres en las cámaras de gas de Auschwitz y los campos de concentración. La otra amenaza fue el comunismo, que procuró establecer un régimen totalitario, así como su voluntad de expandirlo por el mundo. El nazismo fue destruido por la victoria aliada en 1945; el comunismo se autodestruyó en 1989.

Derrotadas estas dos amenazas, se diría que Occidente ha triunfado. Tal es la tesis de Francis Fukuyama<sup>1</sup>: no hay un adversario ideológico que se oponga al capitalismo liberal, ergo, la guerra de las ideas ha terminado.

La idea del proceso histórico como un movimiento unificado y en ascenso continuo hacia la emancipación del hombre que se inició en la Modernidad, avanzó en la Ilustración y se afianzó en el siglo XIX fue dado en parte por la confianza y optimismo que despertaron el desarrollo científico y tecnológico, el cual permitiría supuestamente el dominio de la naturaleza; así como por los logros de las revoluciones americana (1776) y francesa (1789), las cuales hicieron pensar en un gobierno libre que se expandiría por el mundo<sup>2</sup>.

En el siglo XX, tal optimismo entra en crisis a consecuencia de hechos adversos a ese progreso histórico: las guerras mundiales,

<sup>1</sup> Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta, 1992.  
<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 27-203.

la bomba, la guerra fría, el desastre ecológico y el auge de los totalitarismos. Por este motivo surge una crisis intelectual que se manifiesta en la pérdida de seguridad frente al destino positivo de la historia: no sólo se dudó del progreso real de la sociedad, sino que se cuestionó la racionalidad de los Estados europeos por la capacidad de destrucción que manifestaran en la guerra<sup>3</sup>.

Ese pesimismo, empero, se ve sometido a revisión con la crisis de los gobiernos totalitarios. Otros hechos como el crecimiento económico del sureste asiático, que se abrió a la economía de mercado, la ausencia de alternativas sociales frente al fracaso del comunismo, el nacionalismo y el fascismo y frente a las limitaciones geográficas, étnicas y religiosas del islamismo; el cambio de mentalidad en América Latina (donde se pasó a considerar, en los años 50's el subdesarrollo como resultado de la dependencia creada por el capitalismo a considerarlo, más bien, como resultado de su escaso desarrollo) hace parecer a la democracia como la única forma de gobierno que *ha sobrevivido intacta hasta el final del siglo XX*<sup>4</sup>.

Esta última teoría ha sido ampliamente criticada, calificada de superficial y reduccionista. Desde un punto de vista personal, parece un contrasentido plantear la posibilidad o la necesidad de una nueva utopía social en el momento de auge de la corriente conocida como posmodernidad. Aunque ésta no posee un sentido unívoco, sí implica el cuestionamiento de la racionalidad moderna y se caracteriza, en la filosofía, por el

<sup>3</sup> Gianni Vattimo. "Posmodernidad y fin de la historia", en *Ética de la interpretación*. Barcelona, Paidós, 1991, pp. 15-35.  
<sup>4</sup> Fukuyama, *Op. Cit.*, pp. 78-82.

rechazo a las construcciones interpretativas de la marcha de la historia y del recurso a la metafísica en el que se apoyan<sup>5</sup>.

De otra parte, otros teóricos identifican nuevas fuentes de conflictos. Samuel Huntington ha afirmado que el conflicto cultural sucederá al ideológico en su ensayo *El choque de las civilizaciones*, en el cual proclama que "la fuente fundamental de conflictos (en la nueva fase de la política mundial) no será primariamente ideológica o primariamente económica. Las grandes divisiones entre el género humano, la fuente predominante de conflictos, será cultural... El choque de civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro"<sup>6</sup>. Esta posición ha sido muy discutida, si bien se le abona el haber puesto sobre el tapete el tema de la cultura, variable de gran importancia que frecuentemente era dejada de lado en los análisis.

En suma, se observa en la actualidad el enfrentamiento creciente entre concepciones globales y particulares de la cultura, así como oposiciones entre perspectivas culturales en el espacio en el cual se redefinen relaciones como solidaridad y rentabilidad, interés privado y público, cultura popular y de élite y, finalmente, el proceso mismo de profundización y participación democrática.

#### I. LA CRISIS DEL ESTADO

En este proceso de redefiniciones se ha hecho evidente la inestabilidad del sistema internacional. Para describirlo se

<sup>5</sup> Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós, 1990, p. 75.

<sup>6</sup> Citado en Daniel Bell, "El choque de las civilizaciones", *La Prensa*, agosto 5 de 1985.

emplean frecuentemente palabras como turbulencia, caos, que solían definir determinadas situaciones en el campo de las ciencias exactas, pero que ahora permean continuamente el campo de las sociales.

El hilo conductor de esta situación es la crisis del Estado-Nación, muy comentada por los autores contemporáneos, y en este caso evidenciada crecientemente a partir de numerosas incertidumbres, ambigüedades y también de la multiplicidad de actores. Respecto a ese punto, podría afirmarse que en la actualidad no se conoce la identidad del actor elemental del sistema internacional: se encuentran multinacionales, iglesias, grupos de presión, satélites, individuos, consumidores, cuyo papel se discute ampliamente en el presente ensayo.

Para explicar esta situación de inestabilidad es necesario partir de una perspectiva histórica. Occidente hizo creer al mundo que el Estado es un hecho universal, cosa que no es. En general, el Estado remite a una historia política, social y cultural que no tiene nada de universal, como se planteaba en la introducción.

La supuesta universalidad del Estado es puesta en entredicho por:

A. La proliferación de actores transnacionales que escapan de la soberanía estatal, evidenciada en la cantidad de flujos que permean el sistema. Para simplificar diremos que éstos son:

- demográficos,
- comerciales,
- de ideas, ideologías, valores,
- religiosos,

- y culturales (que ocupan un papel preponderante en el presente trabajo).

B. Movilidad creciente de los individuos en el sistema internacional<sup>7</sup>.

C. Velocidad creciente en el intercambio de flujos de información (nuevas tecnologías de la información)<sup>8</sup>.

Enfrentado a estos flujos, el ciudadano, el individuo miembro de la sociedad civil, se ve cada vez más implicado dentro de lo internacional, penetra en la escena internacional: en últimas es la sociedad civil la que se internacionaliza.

De esta forma, el Estado se ve compelido a coexistir con otras entidades en cuyos espacios se entrecruzan actores, intereses y estrategias que obedecen a lógicas diferentes y, en ocasiones, contradictorias.

## II. LA IRUPCIÓN DE LA VARIABLE CULTURAL

El colapso del estatismo universal marca, pues, un regreso a la consideración de factores culturales particulares, a la vez que se presenta una recomposición del término *culture*, ya que se hace evidente que dicho regreso no es independiente de la voluntad y la elección de los actores que la componen.

<sup>7</sup> Bertrand Badie y Marie-Claude Simon: «Le retournement du monde. Sociologie de la scène internationale». Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, p. 14-15.

<sup>8</sup> Esta variable no se menciona en el análisis de Badie y Simon; se trata de una humilde adición de la autora.

Esta *construcción identitaria* constituye en un campo en el cual un juego de actores suscitan y promueven movilizaciones de tipo político que contribuyen a su vez a estructurar y reestructurar el concepto mismo de identidad.

Para efectos de este análisis definiremos cultura como un *sistema de significación compartida por los individuos de una colectividad*<sup>9</sup>. Es decir, es un código mediante el cual los actores se comprenden entre sí dentro de: juego social, así como las instituciones sociales dentro de cada colectividad. La cultura es la que dota de sentido a la noción de identidad y se manifiesta en escenarios como:

A. La determinación de la probabilidad de éxito de una movilización identitaria. Por ejemplo: Nigeria, Escandinavia.

B. El cumplir un papel de intermediación al darle sentidos diferentes a la identidad. La nación es sólo *un* modo de encarnación de las identidades. Por ejemplo, el mundo islámico, India.

Muestra de la nueva importancia de la cultura (llamada *estallido cultural*) es la diversificación de las formas de expresión identitaria. El factor cultural se hace evidente en la heterogeneidad de sus productos y el desorden que de allí se desprende. No crea identidades perennes, sino que organiza el comportamiento tanto del actor movilizable, como del detentador del poder.

<sup>9</sup> Geertz, Clifford. *The interpretation of cultures*. New York, Basic Books, 1973.

La teoría clásica aplicaba el postulado de la racionalidad de los actores partiendo de la existencia de un sistema de significación compartido universalmente. En general, se postulaba que el Estado era un sistema político centralizado, diferenciado, institucionalizado y territorializado.

Por sistema centralizado se entiende el monopolio de las funciones de autoridad. (En Europa, este principio deriva de desarrollos históricos que se suceden tras el derrumbe del orden feudal, pero en otras latitudes se construyó sobre órdenes previos, sin un desarrollo, dando lugar a construcciones híbridas).

La diferenciación (del espacio político) se evidencia en el mundo occidental por la oposición entre espacio público-espacio privado. La descomposición del orden previo implica una solidaridad entre varios órdenes; por ejemplo, lo religioso y lo político, de acuerdo con unas modalidades que escapan completamente a las reglas de juego de la teoría clásica de las relaciones internacionales.

La institucionalización implica la puesta en práctica de una fórmula de legitimidad racional-legal, la producción de un sistema normativo capaz de reglamentar las relaciones sociales y la construcción de un cierto número de procedimientos y organizaciones especializadas para cumplir las funciones políticas.

La territorialización hace referencia a un territorio determinado dotado de fronteras legítimas y que sirve de fundamento al ejercicio de la autoridad política. Existen sin embargo entidades que poseen formas de identificación que escapan al control de

los Estados, por ejemplo, la Umma (comunidad de fieles de la religión musulmana)<sup>6</sup>.

La diversidad cultural no afecta sólo a los Estados, sino a las sociedades civiles, las cuales dejan de corresponder a un modelo universal. A su vez, el orden internacional es un orden interestatal de donde se deriva el monopolio diplomático reivindicado por los Estados, de acuerdo con la orientación cultural que las reviste de significación universal.

Estas diferencias de sentido configuran un orden internacional que corresponde a la yuxtaposición de distintas concepciones de política, de acción diplomático-estratégica y del orden internacional.

### III. ¿HACIA UNA CRISIS DE IDENTIDAD?

El estallido cultural tiene además efectos sobre los modos de identificación de los individuos y, por lo tanto, sobre la formación de comunidades políticas. Los movimientos que emergen de allí son formas de movilización inscritas históricamente y, desde luego, en una cultura. Por esa razón, se hacen portadoras de una doble consecuencia:

- A. Activan las movilizaciones particularistas.
- B. Favorecen la emergencia de formas de comunalización que se integran cada vez menos en el modelo occidental de nación, hasta el punto que el sistema internacional comienza a mostrar desajustes.

<sup>6</sup> Badie y Smouts, *Op. Cit.*

En síntesis, observamos la convivencia de movimientos centrífugos y centrípetos al interior del sistema internacional. Los primeros tienden a exacerbar las diferencias, mientras los segundos tienden a homogeneizar determinados valores a nivel global (macro).

#### IV. NACIONALISMOS Y PARTICULARISMOS

El primer término, se supone que la soberanía política se confunde con una unidad cultural que le sería indisoluble. Marca de esta forma el triunfo de una modalidad de comunalización política: el Estado-nación. Este constituye una construcción histórica nacida de la modernidad económica. La economía de mercado, convertida posteriormente en economía industrial, necesitaba la constitución de comunidades. De allí surgiría posteriormente la lógica de mercado y la división social del trabajo. Emile Durkheim muestra que esta última se logró merced a la noción de *solidaridad orgánica* a la cual la nación debería dotar de un "alma" y unidad. Con el arribo a la modernidad tecnológica, hay una intensificación de intercambios que crea una comunidad comunicacional que suscita su propio lenguaje y sus propios símbolos, o sea, las condiciones mismas de unidad cultural.

Todo sucede como si la modernidad occidental hubiera dibujado los contornos de un espacio comunitario funcional, adaptado a su forma de organización en la definición de relaciones sociales, hechas tanto a partir de la "emancipación" microcomunitaria, como de la individualización controlada por un sentimiento de unidad y pertenencia común, la cual descansa sobre la definición misma de ciudadanía.

En este punto se repite el anterior esquema de fuerzas centrífugas (emancipación) y centrípetas (sentimiento de unidad y pertenencia), aplicado esta vez a nivel micro, es decir, al interior de las sociedades.

Este proceso obedece a una función política: la comunidad también es depositaria de la soberanía. Como comunidad primaria, la voluntad individual no puede asegurar por sí sola la libertad o la protección del interés general. Como comunidad emancipada erige la nación como espacio público, el cual, a partir de la Revolución Francesa se convertirá en el lugar de expresión de la voluntad racional. La nación es, pues, comunidad y soberano, instancia de integración y de rechazo al absolutismo, fundamento de la combinación de derechos y deberes del ciudadano.

Esta construcción se inscribe explícitamente en una lógica universalista: en lo político, ya que la nación es emancipadora (tanto de tutelados particularistas como de absolutismos); y en lo sociológico, al reivindicar su inscripción en el orden del progreso, causa y consecuencia de la construcción nacional. El deber de universalizar estas concepciones (se trata de un deber porque son una justa medida para *todas* las sociedades) llevó a la construcción de un sistema internacional que favoreciera la coexistencia de las entidades que la componen.

En cuanto a las posibilidades de universalizar el modelo existen dos posiciones:

*Modernista*: presenta la nación como un fenómeno reciente situado en el tiempo. Implica que los elementos que

favorecieron la construcción nacional son universales y transculturales.

*Perennialista*: presenta la nación como expresión identitaria que tiende a trascender en el tiempo.

La delicuescencia de las divergencias tradicionales parece ser el destino de toda sociedad: se da una intensificación de la comunicación social y las interacciones, la formación de un público constituyente de una unidad potencial que se erige en nación, la urbanización, el surgimiento de los *mass media*, la alfabetización, la dotación en infraestructura, etc., son elementos comunes a todo proceso de desarrollo que debe favorecer universalmente la construcción nacional. Benedict Anderson la asocia a una *comunidad imaginaria* constituida por la exposición común a los mismos esquemas de pensamiento suscitados por la lectura de la misma prensa y la constitución de una misma red de socialización<sup>11</sup>.

Empero, la existencia de numerosas excepciones sugiere que la construcción nacional no es un epifenómeno o una variable dependiente de una explicación infraestructural o a través de las teorías de la comunicación social. Es difícil mostrar la existencia de un modelo único de sociedad industrial: la forma como los actores sociales conciben diversos modos de integración e interacción es una variable cultural que intermedia el modo de paso a la sociedad industrial (por ejemplo, las industrializaciones tardías de Alemania, Francia e Italia).

<sup>11</sup> Benedict Anderson, *Imagined communities*, Londres, Verso, 1983.

En suma, los débiles argumentos funcionalistas dejan ver un dilema que sugiere los yerros de una concepción universalista de la nación.

La construcción se ha hecho por iniciativa de los actores políticos, por un lado, pero también a instancias del individuo; lo propio de una cultura no es reproducirse, sino *innovar, transformarse, adaptarse y eventualmente apropiarse de características culturales exógenas*.

Considerado a la luz del análisis estratégico, el nacionalismo revela su interés en una identidad universalista. Ligado a una estrategia, lo está por ende al conflicto sociopolítico: campo de debate más que objeto de consenso, no puede asimilarse más esta "religión política" como portadora de cohesión e integración. Por el contrario, comporta, en las sociedades en desarrollo, tensiones entre formas antagónicas de identidad: lejos de cubrir el conjunto del espacio social la sociedad nacional coexiste con una sociedad de tipo comunitario agravando al tiempo las condiciones de obediencia civil y de legitimación del orden político. Asociado a la construcción del Estado se convierte en el campo internacional en una forma de exacerbación de los intereses particulares de cada Estado y, de paso, en instrumento de dominación: la radicalización creciente de los nacionalismos económicos es uno de los factores más serios de limitación de los procesos de integración internacional (cuyo ejemplo típico es el GATT).

Alimentado por categorías esencialmente particularistas, en las que se entrecruzan modelos culturales e intereses sociales específicos, el nacionalismo no puede obedecer a un modelo único.

Universalista en principio, el nacionalismo permanece individual en cada una de sus formas de realización. Atado a la historia occidental en el vocabulario, en sus expresiones ideológicas y formas de realización, se ha visto transformado, puesto en duda bajo el efecto de experiencias que han revelado su particularismo, y su inadaptación en las culturas extra-occidentales, así como a los hechos propios de las sociedades posindustriales. Este fracaso se evidencia en la multiplicación de crisis de identidad que se imponen crecientemente como factores de revisión de orden internacional.

En relación con el colonialismo, el nacionalismo se extiende dada la difusión del modelo dentro de élites nacionales formadas fuera del país (por ejemplo: India, Egipto, Argelia, y un largo etc.). Sin embargo, este nacionalismo extra-occidental es más de combate que de gobierno; es decir, es un elemento cohesionador al momento de los movimientos independentistas, pero muestra desajustes a la hora de su aplicación por las razones explicadas anteriormente.

De esta forma, el término es laxo y designa una serie de formas de expresión y movilización de particularismos que surgen de formas diversas, acentuando la naturaleza dispar del sistema internacional.

Tres factores básicos son los que favorecer la explosión de estos particularismos:

- La regresión de ideologías políticas de movilización (caso de Yugoslavia);
- La crisis de las formas sociales de integración (que se deriva del anterior factor);

- La crisis de los últimos sistemas imperiales (caso de la ex-URSS).

Parece pues que la construcción de un nuevo orden internacional tiende a multiplicar y complejizar la producción de particularismos. El modelo nacional occidental parece diluirse bajo el efecto de dinámicas sociales y culturales, suscitando así una doble disfunción: la atomización creciente de los particularismos hace cada vez más aleatoria la construcción de un sistema realmente internacional e integrado; la coexistencia de modos diversos de identificación tiende a engendrar crisis de identidad más o menos agudas. De esta forma, se constituye todo un conjunto social que permanece impermeable, exterior a la institucionalización del orden internacional.

Dicha proliferación y entrecruce de múltiples identificaciones crean las condiciones para una atomización del orden internacional, haciendo más difícil el diálogo entre las partes. El éxito de las movilizaciones comunitarias les confiere pertinencia internacional.



FUENTE: "Globalization as a problem", en Roland Robertson, Globalization, Social Theory and Global Culture.



#### V. LOS FLUJOS TRANSNACIONALES

Parte importante del colapso del Estado como actor principal del sistema internacional se debe a la importancia creciente de los flujos transnacionales. A este respecto, encontramos una comprensión dual en la cual coexisten Estado y un mundo "multicéntrico". Coexiste con esta comprensión una dinámica dual: por un lado está el Estado, inmerso dentro del sistema internacional, buscando legitimar su existencia, y por otro, el mundo "multicéntrico", el cual no respeta las fronteras o soberanías estatales, y que busca eficacia en su actuación.

Así, definiremos las relaciones transnacionales como: "toda relación que, por voluntad o destinación, se construye en el espacio mundial, por sobre el modelo estatal, y que se realiza escapando, al menos parcialmente, al control o acción mediadora de los Estados"<sup>12</sup>.

La diversidad de estos flujos transnacionales puede dar lugar a tipologías múltiples. Por ejemplo, es posible distinguir fácilmente los flujos producidos por ONG (que escapan al control del Estado) de los que se derivan de acciones individuales (por ejemplo, los flujos demográficos de diversos orígenes o diversas motivaciones).

Un flujo transnacional puede afectar la soberanía o bien apelar a ese principio. Igualmente, hay flujos de modas (vestuario, culinarias, musicales, etc.) que no tienen una finalidad política programada, pero podrían llegar a tenerla por destinación.

<sup>12</sup> Badie y Smouts, *Op. Cit.* La traducción es nuestra.

De esta forma, la exportación del modelo occidental de modernidad constituye uno de los flujos más determinantes entre los que estructuran el sistema internacional contemporáneo.

Estos flujos obedecen también a desarrollos históricos. Los demográficos han escapado al control estatal, ignorando las competencias territoriales y las fronteras. Los económicos, favorecieron visiblemente la constitución de un sistema capitalista internacional a fines de la Edad Media, al organizar su propia red de intercambios por sobre los Estados.

Por ello, los flujos transnacionales toman importancia en la actualidad; así como la amplitud particular que les da una función distinta a la anterior. ¿Por qué? En primer lugar, por motivos técnicos: la disociación economía/política es muy acusada; incita a los actores económicos a dotarse de una estrategia autónoma. La mundialización de la economía ha realizado un progreso tal que los Estados no pueden evitar este fenómeno.

Paralelamente, se asiste a una aceleración sensible del proceso de diferenciación espacio público / espacio privado. La expansión de redes asociativas transfronterizas señala la eficacia de una movilización social realmente estimulada por las transformaciones tecnológicas.

Según Karl Deutsch, la expansión de la comunicación hace móvil al individuo, debilita sus particularismos y le hace más disponible y receptivo a distintos flujos<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Karl Deutsch, *Metápolis and social communication*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966.

En este proceso de movilización social creciente el Estado pierde cada vez más su control absoluto sobre el individuo y la noción de ciudadanía se debilita o cambia de naturaleza, para hacerse menos total y componerse así de otro tipo de pertenencias: infra y supraestatales a un tiempo.

Con esto no quiere afirmarse que la intensificación de flujos transnacionales aseguran la extinción del sistema internacional, sino más bien su desdoblamiento: el mundo de los Estados, al perder su exclusividad, debe coexistir con un mundo "multicéntrico".

Es claro, pues, que los flujos transnacionales no son objetos ordinarios de análisis, ya que afectan los paradigmas clásicos y apelan a la construcción de unos nuevos. Resulta así mismo cada vez más difícil interpretar o actuar en el sistema internacional en términos de elección nacional e interés nacional.

Todos estos elementos sugieren que el orden internacional no es más exclusividad de actores colectivos y que frente a la "revancha" de la sociedad se perfila la del individuo.

Surge de igual forma la pregunta sobre si ciertos actores transnacionales poseen políticas internacionales. Más precisamente, la percepción de que sus acciones transnacionales poseen efectos políticos, ¿no los conducirá a dotarse de nuevas finalidades?

En todo caso, están sometidos a ritmos diferentes: el mundo de los Estados está sometido a "acontecimientos" mientras que el del mundo "multicéntrico" es más sensible a los efectos de la acumulación (de acuerdo con James Rosenau). Los mismos

flujos culturales han considerado esta reestructuración (por ejemplo: la ONU y el Golfo).

Esto no quiere decir que los flujos transnacionales contrarían sistemáticamente los intereses y proyectos de los Estados. El actor transnacional pertenece, al menos parcialmente, al Estado del cual procede, y favorece la promoción de sus intereses materiales y especialmente simbólicos.

Para ejemplificar esto explicaremos brevemente las bases de los intereses de Japón, Francia y los Estados Unidos.

En el caso de Japón, en lugar de una conquista militar, se promueve la expansión económica; en lugar de administración directa, se ponen en funcionamiento redes de control indirecto; en vez de una lógica político-diplomática, beneficios indirectos y limitados que un Estado puede obtener de la expansión de ciertos flujos transnacionales a los que está asociado.

Francia basa su política en la efectividad de los flujos culturales (por ejemplo, educación de las élites de diversos países en Francia, influye sobre modelos jurídicos institucionales y políticos).

Estados Unidos se basa en un expansionismo "societal". Gracias a flujos económicos y financieros, adquieren la capacidad de decidir la evolución de políticas económicas (inflación, deflación, créditos). Gracias a los flujos de comunicación, están en posición de controlar buena parte de la circulación de información, así como controlar la formación de élites y la difusión de saber tecnológico.

Esto funda un modelo de imperialismo societal que encuentra, ciertamente, límites en el roce de racionalidades que no desaparecerán completamente entre actores públicos y privados. De igual forma, muestra que los flujos transnacionales al crear poder crean también dependencia y pueden beneficiar a actores privados y no escapar totalmente al Estado.

Modelos recientes de análisis, que toman en cuenta los fenómenos de dependencia (Cardoso, Galtung, Cox), insisten en esta imbricación de actores públicos y privados en la construcción de una relación de poder: sin esta densidad de modelos culturales exportados, de flujos de comunicación, sin esta red de empresas privadas, de asociaciones, transnacionales, de solidaridades interindividuales de todo tipo, las iniciativas tomadas por los Estados poderosos para colocar a los débiles bajo su tutela será en vano. La ilusión de una dominación puramente militar o diplomática se disipa así cada vez más.

#### VI. ¿ELECCIONES INDIVIDUALES O DE EMPRESA?

Empresa es, según la definición weberiana, un "grupo organizado que dispone de una dirección administrativa de carácter continuo, con una finalidad común"<sup>14</sup>.

Los flujos culturales se encuentran en la encrucijada empresa-individuo, ya que incluyen acciones de empresa (las cuales, en el sentido amplio que les otorga Weber, pueden ser comerciales, organizaciones religiosas o asociaciones culturales) y suponen

<sup>14</sup> Max Weber. *Economía y sociedad*. La traducción es nuestra.

una intervención activa por parte del individuo; al contrario de los bienes económicos, los culturales no tienen existencia autónoma fuera del individuo que los interioriza, les da sentido y les confiere pertinencia.

La cultura es un concepto amplio y cubre varios sectores: lengua, religión, ideología, instituciones; nace de racionalidades diversas que tienen en común sólo el proceder de la difusión de códigos, de sistemas de significación que tienen por objeto crear en una sociedad *modos de percepción* compartidos por todos, que implican a su vez la formación de *sistemas simbólicos* que funcionan dentro del conjunto de acciones sociales, creando las condiciones de una dominación menos perceptible, pero más eficaz que la que recurre a instrumentos coercitivos. En gran parte, por este motivo, los flujos culturales son los que se inscriben más claramente en la intersección de una lógica de relaciones internacionales extra-estatales y una lógica de dependencia.

Los flujos culturales convergen para dar a la concepción y práctica occidental un papel unificador de los comportamientos en la escena internacional para valorizar, o al menos privilegiar las mismas instituciones, el mismo tipo de derecho, las mismas técnicas diplomáticas.

Para contener estos flujos, los procesos de importación oscilan entre una lógica de composición y una de negación, reduciendo otras posibilidades de invención. Los grandes principios difundidos continúan siendo vehiculados por esos flujos: territorialización de la política, identidad nacional, ciudadanía, distinción entre espacio público y privado.

Los flujos de comunicaciones son muy eficaces, habiéndose visto reforzados por cuestiones técnicas y económicas que les convierten en un instrumento de control político, máxime cuando el Sur no es capaz de controlarlos, como se evidenció con la Conferencia de Nairobi (1977), a partir de la cual empezó a expresarse esta inquietud.

Dichos flujos se caracterizan por una racionalidad de empresa que promueve, en nombre de una lógica comercial perfectamente coherente, un cierto número de productos culturales. Esto contribuye a la desnacionalización de las culturas, a su homogeneización, a una regresión de las identidades, tal vez a la creación de un público unimodal, preconditionado para reaccionar de cierta forma a acontecimientos políticos y sociales. En 1976, el informe MacBride sobre la urgencia de elaborar políticas nacionales de la comunicación a fin de proteger las identidades nacionales, manifestaba su temor por estos fenómenos. Sin embargo, ninguna iniciativa sólida ha tenido resonancia verdadera.

Además de su efecto arrollador, puede haber otro contrario: de rechazo a determinadas estrategias culturales. Sus efectos son internos, observables dentro de las dinámicas sociales que afectan las colectividades nacionales e internacionales al tender e incluso opositar dos modelos distintos de inserción del individuo en la escena internacional. Estos modelos de inserción son:

- El fundado sobre un proceso de socialización universalista y vuelto hacia Occidente;
- El derivado de una estructuración de las actitudes orienta-

das hacia la tradición, el particularismo, inclusive la xenofobia<sup>15</sup>.

#### VII. EL FACTOR CONSUMO

Ya que son incontrolables por parte de los Estados los flujos de todo tipo toman preponderancia dentro de los análisis del sistema internacional. Y dentro de éstos, los culturales adquieren una importancia cada vez mayor. Los flujos transnacionales culturales, como se ha visto, pueden convertirse en delineadores de identidad, máxime en el momento en el cual, según Néstor García-Canclini, la identidad no se define ya por "esencias ahistóricas, sino que se configuran por el consumo"<sup>16</sup>.

En términos más radicales, la cultura se ha convertido en un "proceso de ensamblado multinacional, una articulación flexible de partes, un montaje de rasgos que cualquier ciudadano de cualquier país, religión o ideología puede leer y usar"<sup>17</sup>.

Ese proceso se ha visto favorecido por los fenómenos de internacionalización y globalización. La internacionalización debe entenderse en este contexto como la apertura de las fronteras geográficas de cada sociedad con la finalidad de incorporar bienes materiales y simbólicos provenientes de otras sociedades. La globalización implica, por su parte, una interacción funcional de actividades económicas y culturales

<sup>15</sup> Bañe y Simons, *Op. Cit.*

<sup>16</sup> Néstor García-Canclini, *Ensamblados y ensambladores. Conflictos multiculturalistas de la globalización*, Grijalbo México, 1999, p. 16.

<sup>17</sup> Néstor García-Canclini, *Op. Cit.*

dispersas, bienes y servicios generados por un sistema con muchos centros, en el que importa más la velocidad para recorrer el mundo que las posiciones geográficas desde las cuales se actúa.

La globalización ha suscitado frecuentemente malestar en los análisis, ya que dada la importancia de la mencionada variable *velocidad* toma obsoletos los elementos de dicho análisis a cada instante (cultura de lo efímero). La cultura política tiende entonces a volverse errática; se adentra en campos más sutiles e indefinidos: en la posmodernidad.

La posmodernidad discurre en varias direcciones que obligan a reconocer distintas claves discursivas; para propósitos de este ensayo destacaremos las posiciones siguientes:

- la posmodernidad es un proceso a la razón y la ciencia occidentales, no para descartarlas, sino para combatir su práctica totalitaria (Habermas);
- la posmodernidad es la distancia de los metarrelatos de legitimación moderna que aspiraban a que todos los hombres guiaran su existencia hacia un ideal futuro unificado (Lyotard);
- es el fin de las nociones de verdad, ser y pensar, herederas de la tradición metafísica, dando paso a un pensamiento más sutil (Marx, Nietzsche);
- implica una distancia de la concepción moderna del sujeto que problematice sus predicados característicos: conciencia, identidad, unidad, transparencia y ámbito del sentido (Marx, Nietzsche, Freud);
- es una constatación de que la sociedad de los *mass media* no ha llevado necesariamente a la homogeneización, sino al

declive de los *valores-fuerza*. Los medios de comunicación han posibilitado el flujo simultáneo y explosivo de las más diversas visiones del mundo. Se vive una pluralización cultural, una liberalización de las racionalidades locales y las diversidades<sup>18</sup>.

La noción misma de ciudadanía, que tiene que ver con las prácticas sociales y culturales que dan un sentido de pertenencia, se ve afectada por la variable del consumo, haciendo manifiesta la necesidad de un nuevo marco conceptual en el que se puedan considerar las actividades del consumo cultural que configuran una dimensión de la ciudadanía. No se ha estudiado suficientemente de qué manera el crecimiento vertiginoso de las tecnologías audiovisuales de comunicación han venido afectando, desde el siglo pasado, el desarrollo de lo público y el ejercicio de la ciudadanía.

En general, se sintetizan en cinco modificaciones socioculturales las que acaecen como consecuencia de este proceso:

- Hay un redimensionamiento de las instituciones y de los circuitos de ejercicio de lo público: los organismos locales y nacionales pierden peso en beneficio de los conglomerados transnacionales;
- se reformulan los patrones de asentamiento y convivencia urbanos;
- se experimenta una reelaboración de lo "propio", debido al predominio de bienes y mensajes provenientes de una

<sup>18</sup> Según de Zubiré: "Posmodernidad y cultura en América Latina", en *El trabajo filosófico de hoy en el continente. Memorias del XII Congreso Interamericano de Filosofía*, Universidad de los Andes, Bogotá, julio 4-9 de 1984, pp. 1062-1067.

economía y una cultura globalizadas sobre los generados en la ciudad y la nación a las que se pertenece;

- se redefine el sentido de pertenencia e identidad, el cual es organizado cada vez menos por lealtades locales o nacionales y más por la participación en comunidades transnacionales o desterritorializadas de consumidores (por ejemplo, el rock, MTV, CNN), y
- se observa el tránsito del ciudadano como representante de una opinión pública a consumidor interesado en una determinada calidad de vida.

En suma, el hecho de consumir sustenta, nutre y constituye hasta cierto punto una nueva forma de ser ciudadanos.

Estas variaciones implican una reinención de lo político, ya que las identidades modernas, territoriales y casi siempre monolingüísticas, subordinaban a las etnias y regiones en un espacio más o menos definido (la nación), oponiéndolas a otras naciones; pero las identidades posmodernas son transterritoriales y multilingüísticas. Se estructuran menos desde la lógica de los Estados que desde los mercados.

Así, la definición clásica socioespacial de identidad (referida a un territorio definido) debe complementarse con una definición sociocomunicacional. ¿Qué implica entonces este nuevo tipo de identidad? En principio, el ciudadano es cada vez más habitante de la ciudad que de la nación. El entorno urbano se torna cultura local dentro de la cual se insertan e intersectan múltiples tradiciones nacionales (derivadas de las migraciones), siendo reorganizadas a su vez por flujos transnacionales de bienes y servicios.

Estos flujos de bienes y servicios ponen de relieve la importancia de la variable consumo en el análisis cultural de las sociedades contemporáneas. Entendiendo el consumo como el "conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos"<sup>19</sup>, es claro que en éste intervienen diversos tipos de racionalidades: económica, sociopolítica, interactiva, etc., además de aspectos simbólicos y estéticos de la racionalidad.

El consumo es parte de la racionalidad integrativa y comunicativa de una sociedad. De esta forma, el espacio de las naciones se convierte en un escenario multideterminado donde diversos sistemas culturales se intersectan e interpretan.

García-Canclini define estas identidades como *construcciones que se relatan*<sup>20</sup>; así, se observa que ese relato desafía la caracterización telúrica-nacionalista de la identidad, típica de Occidente, en cinco escenarios o "paisajes" (*landscapes*): los *ethmoscapes* (en donde se describe el paisaje actual de flujos humanos: turistas, inmigrantes, refugiados, trabajadores); *techmoscapes* (que corresponden a la configuración global, altamente fluida de la tecnología), *finanscapes* (que obedecen a la disposición de los capitales mundiales), *mediascapes* (en donde se observa la distribución de la capacidad electrónica tanto para producir como diseminar imágenes de personas y grupos en el mundo) e *ideoscapes* (que implican la concatenación de imágenes que tienen que ver con aspectos ideológicos, compuestas por elementos de la visión iluminista del mundo: "libertad",

<sup>19</sup> García-Canclini: Op. Cit.

<sup>20</sup> García-Canclini: Op. Cit.



"derechos", "soberanía", "representación" y especialmente, "democracia").

El *sufi* *usque* implica "mundos imaginados" en el sentido que los emplea Benedict Anderson<sup>21</sup>: mundos múltiples constituidos por flujos monetarios, posibilidades políticas y la disponibilidad de mano de obra tanto alta como escasamente capacitada, históricamente situados. Permite también pensar en la forma irregular, fluida, de estos paisajes que configuran el perfil de las sociedades posmodernas<sup>22</sup>.

#### VIII. AMÉRICA LATINA Y LA CONDICIÓN POSMODERNA

Si bien se ha argumentado ampliamente que el debate modernidad-posmodernidad en América Latina no es pertinente por cuanto no se había accedido siquiera a la primera (perspectiva evolucionista), en épocas recientes autores como García-Candini, Jesús Martín-Barbero, Guillermo Hoyos, Jerome Brunner y Norbert Lechner han matizado esa posición, afirmando la posibilidad de construir una posición propia en torno a este tema<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> Benedict Anderson, Op. Cit.

<sup>22</sup> Arjun Appadurai, "Disjunctures and difference in the global cultural economy", en Featherstone, Mike, *Global culture, Nationalism, globalization and modernity*, Londres, Sage Publications, 1990, pp. 303-303.

<sup>23</sup> Al respecto de este debate puede consultarse: Brunner, *Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina*, Santiago de Chile, Flacso, 1986; "Existe o no la modernidad en América Latina", *Revista Punto de Vista*, N° 31, Buenos Aires, 1987; *Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana*, Santiago de Chile, Flacso, 1990; García Candini, además de la obra citada, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990; Lechner, "Un desarrollo llamado posmodernidad", *Revista Punto de Vista*, N° 33, Buenos Aires, 1988; "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna", en *Cultura política y democratización*, Santiago de Chile, Flacso, 1987.



A favor de esta posición se esgrime el argumento según el cual en América Latina no hay una sola forma de modernidad, sino varias, desiguales y en ocasiones contradictorias. Coexisten proyectos de modernidad neoliberal con propuestas de Estado social de derecho y liberalismo clásico. Es necesario entender que la modernidad latinoamericana no es una degradación o transformación de la modernidad auténtica, máxime cuando los mismos historiadores europeos han señalado que la modernidad en Europa no es un proceso unitario coherente, sino híbrido y disparejo.

Por otro lado, en este continente no hay una coincidencia entre modernidad y tradición. En América Latina, debido al papel preponderante de la tradición, la modernidad se convierte en experiencia colectiva a partir de disociaciones sociales y experiencias de corte posmoderno. Las sociedades latinoamericanas se constituyen en el seno de historias híbridas que abren la posibilidad de participar simultáneamente de la modernidad, la posmodernidad y la tradición.

A este respecto observa Brunner:

"Los que desean bautizar la modernidad latinoamericana en nombre de alguna gran ideología pretenden habitualmente, aun sin reconocerlo a veces, suprimir la variedad, diferenciación y heterogeneidad que constituye nuestra modernidad. No toleran en realidad esta mezcla que llaman *contrahecha*; esta complejidad que no es fácil de asimilar por los esquemas de análisis; esta irrupción de lo moderno que no se parece ni a lo moderno europeo, ni a lo moderno norteamericano, ni al moderno socialismo real... frente a sus *trizaduras* y recortes, esperan a introducir una fuerza que

contrarrestar la dispersión y devuelva un centro a la cultura, haciéndola girar en torno a un eje"<sup>24</sup>.

#### IX. ¿HACIA UNA NORTEAMERICANIZACIÓN DE LA CULTURA?

La actual reflexión sobre identidad y ciudadanía toma en cuenta variables relacionadas con la cultura, no sólo con el folclore o la discursividad política como ocurría en los nacionalismos del siglo XIX e inicios del XX. Debe considerar la diversidad de repertorios artísticos y medios de comunicación que contribuyen a la reelaboración de la identidad.

Empero, esta reelaboración se realiza en condiciones desiguales entre los diversos actores. Los procesos de globalización cultural e integración económica muestran la necesidad de las economías y culturas de "ablandar las aduanas que las separan"<sup>25</sup> y al tiempo, las condiciones de asimetría en la cual se establecen los acuerdos.

Una teoría sobre identidad y ciudadanía debe considerar las formas en las que éstas se recomponen en los diferentes circuitos de producción, comunicación y apropiación de la cultura.

El análisis de los procesos de globalización permite distinguir dichos circuitos socioculturales, en los que la transnacionalización y las integraciones regionales operan de formas distintas:

- el histórico-territorial: es el conjunto de saberes, hábitos y

<sup>24</sup> En Bergio de Zabirja, *Ob. Cit.*, p. 1036.

<sup>25</sup> García-Castellón, *Op. Cit.*, p. 114.

experiencias organizado a lo largo de varias épocas en relación con territorios étnicos, regionales y nacionales, y que se manifiesta especialmente en el patrimonio histórico y la cultura popular tradicional;

- la cultura de élites: producción simbólica escrita y visual<sup>26</sup>;
- la comunicación masiva: dedicado a los grandes espectáculos de entretenimiento (radio, cine, televisión y video);
- los sistemas restringidos de información y comunicación destinados a quienes toman decisiones (satélite, fax, computadoras, celulares).

El estudio de las relaciones de continuidad, ruptura e hibridación entre los sistemas globales y locales, tradicionales y ultramodernos es una necesidad para comprender la recomposición de la identidad y la ciudadanía, dados la complejidad y los matices de estas interacciones.

El cine, el video, la televisión y más recientemente las autopistas de la información son, por su amplia difusión y velocidad, agentes preponderantes en la redefinición de identidades nacionales. La "amenaza" (en términos económicos y de identidad) creada por estos medios, llegando incluso al surgimiento de expresiones nacionalistas<sup>27</sup>.

Sin embargo, la pérdida de identidad no es una amenaza real, dada la composición heterogénea sociocultural que lleva siglos interactuando con procesos de internacionalización moderna.

<sup>26</sup> Con respecto al tema de cultura de élites y cultura popular, véase Umberto Eco. *Apocalípticos e integrados*, Editorial Lumen.

<sup>27</sup> A este respecto resulta interesante observar las orientaciones de la política audiovisual de la Unión Europea y su intención de controlar la amenaza cultural que entraña la invasión cinematográfica estadounidense.



Como lo expresa García-Canclini para el caso latinoamericano:

"No se puede reducir los múltiples modos de ser argentino, brasileño o peruano a un paquete fijo de rasgos arcaicos, a un patrimonio monocorde y ahistórico; la adopción de la modernidad no es necesariamente substitutiva de sus tradiciones"<sup>28</sup>.

Por lo que le toca a Estados Unidos, históricamente se ha observado que todos los imperios (hasta el poco convencional imperio americano) se convierten en "naciones mundiales". Aunque sólo fueran porque haber servido a un público tan monolíticamente consumista aunque segmentado, ha constituido la experiencia clave del capitalismo americano durante mucho tiempo, no debería sorprender que esta cultura mundial del consumo, particularmente en el cine, la música y la industria alimentaria continúa siendo un monopolio americano en un momento en que esta hegemonía americana ha desaparecido en otras industrias, desde la automotriz hasta la electrónica. De hecho, parte de este éxito comercial de los Estados Unidos reside justamente en eso: en que poseen gran parte de medios de comunicación, no sólo en cuanto a la producción, sino en términos de control financiero y sistemas de distribución de esos mismos medios.

Esta es una estrategia que data de varios años atrás: concretamente del período de posguerra, cuando las potencias europeas estaban exhaustas y el gobierno norteamericano comenzó a ver el potencial de las políticas de exportación de

<sup>28</sup> García-Canclini. *Op. Cit.*

medios audiovisuales como una forma de difundir sus intereses en política exterior a nivel mundial<sup>29</sup>.

La estrategia de los Estados Unidos se basó en la defensa de la "libertad", especialmente la de comercio y de expresión, asegurándose así tanto de penetrar en economías más débiles, como de poder diseminar su mensaje libremente. Estos mecanismos fueron de gran utilidad en el contexto de la guerra fría: las comunicaciones se convirtieron en un medio privilegiado para influir a los pueblos y se tornaron asunto de interés estratégico. Para 1964 el Committee on Foreign Affairs afirmaba a este respecto:

"Certain foreign policy objectives can be best pursued by dealing directly with the people of foreign countries, rather than with their governments. Through the use of modern instruments and technologies of communications, it is possible today to reach large and influential sections of national populations - to inform them, to influence their attitudes... to motivate them to particular courses of actions. These groups, in turn, are capable of exerting noticeable, even decisive pressure on their governments...".

El control sobre la gran mayoría de los medios de comunicación por parte de un número limitado de corporaciones transnacionales basadas en los Estados Unidos, pero operando en distintos países, crea tensiones entre los intereses de los Estados y las corporaciones, delineando una especie de sistema de

<sup>29</sup> Para 1947, Truman afirmaba: "we are the new giant of the economic world. Whether we like it or not, the future patterns of economic relations depends on us. The world is waiting to see what we do. The choice is ours...".

autoridad, dentro del cual se muevan consideraciones culturales y elementos de dominación, basado en el control de la información.

Salta en este punto del análisis el tema del imperialismo cultural, frente al cual se arguye que numerosos estudios han demostrado la inexistencia del peligro de la homogeneización cultural que se discutía anteriormente. En todo caso, vale la pena resaltar que el poder cultural es una realidad, por un lado, y por otro, que el dominio norteamericano de los medios es una evidente, lo cual debería alertarnos con respecto a las formas como se el poder cultural es tanto ejercido, como resistido.

De otra parte, este imperialismo se ejerce cada vez más a partir del sector privado (las corporaciones), y es cada más permeado por flujos provenientes de otras latitudes. Sin embargo, lo deseable sería un "Nuevo Orden Mundial de la Información", en un momento en el cual Occidente controla desde los flujos de noticias hasta los satélites empleados en su transmisión<sup>30</sup>.

#### CONCLUSIONES

*No one speaks English, and everything is broken...*  
Tom Waits (Tom Traubert's Blues, 1992)

Retomando el tema de la historia, ya se ha observado amplia-

<sup>30</sup> El flujo de noticias está distribuido, básicamente, entre AP, UPI, AFP y Reuters. La aparente internacionalización de las fuentes de información se basa frecuentemente en la apropiación y monopolización de los canales de información, publicación y distribución. Jacques Derrida: "The deconstruction of actuality", *Radical Philosophy*, Nº 65, 1994.

mente que no existe un asidero para construir la idea de historia universal en la medida que no existen elementos cohesionadores para unificar las historias nacionales. Si se desconocieran los flujos de capitales, bienes o tecnología, no existiría un elemento de unión. Existen más bien flujos culturales mundiales, los cuales tienden a la tipificación más que a la identificación. En este punto, diversos autores observan que, de no afirmarse la identidad cultural, un pueblo queda expuesto al colonialismo.

La actual oleada de nacionalismos y de recomposiciones en el sistema internacional obedecen a defensas contra hechos como la penetración de las corrientes de la economía internacional en los Estados nacionales, la política de bloques, efectos de la crisis social y económica. Más que defenderse así, se plantea un cambio en el sistema de valoración de la economía, evitando así que ésta destigure o configure las realidades nacionales. Hay necesidad de plantearse las historias nacionales en torno a rasgos culturales, a objetivos de política científica, educativa, artística.

Pero esos rasgos culturales son influidos por flujos que trascienden las fronteras: aquí no caben los juicios de valor; la cultura se plantea así, pero no hay que caer en el extremo de considerar que nos acercamos a la homogeneidad completa. Lo que hay que entender es que la cultura y la identidad se nuclean cada vez más en torno al consumo, como consecuencia de la globalización, fenómeno a la vez incontestable e irreversible.

No tiene sentido preguntarse si esta es la cultura que se quiere o si se impuso: estamos abocados a una cultura mundial, lo mismo que estamos abocados a un capitalismo mundial. Y esa cultura mundial sólo puede ser, a fin de cuentas, americana, pues sólo los Estados Unidos han conseguido acoplar, en gran

medida, las nuevas realidades derivadas del colapso de viejas certezas.

Desde una perspectiva interna, el motivo principal de que pudiera surgir esa cultura popular norteamericana con tanto éxito como celeridad, es que allí no pudo contarse con las cortapisas impuestas por las tradiciones e instituciones de la cultura de élite. Un país motivado por la creencia, no por parte de sus detractores sino de su propia clase dominante, de que "la historia es absurda" o "lo de América es hacer negocios" no se preocupará de la calidad con tal que los clientes sigan comprando. De hecho, la élite empresarial aprecia mucho menos que los llamados *multiculturalistas* las nociones relativas a la calidad, ya que excluyen a amplios sectores de clientes potenciales. Esto explica el favor de que goza el ataque multiculturalista contra conceptos tales como el de *obra maestra* o *canon cultural*, así como contra toda una serie de directrices estéticas basadas en principios de exclusión e inclusión<sup>31</sup>.

El éxito de la penetración de la cultura norteamericana reside, en últimas, en la consideración de que no hay algo que pueda ser tan serio como para no comercializarlo<sup>32</sup>.

En suma, lo que hay es un proceso de recomposición, que da a luz formas diferentes de cultura, no una homogeneización total y absoluta; un juego nuevo de variables con las cuales es necesario jugar, convivir, en últimas imaginar de qué forma se puede redefinir el panorama dentro de estos *mundos posibles*.

<sup>31</sup> David Rieff. "¿Una cultura mundial?", en *Revista Letra Internacional*, N° 33, 1994.

<sup>32</sup> Si no, véanse los casos de las retransmisiones de juicios coexistiendo junto a las redes de ventas por televisión. También llama la atención el fenómeno de la "artifactualidad", acuñado por Derrida (*artifactualité*), o la idolatría del momento "en vivo".

#### BIBLIOGRAFÍA

##### LIBROS

Anderson, Benedict. *Imagined communities*, Londres, Verso, 1983

Autores Varios. *El trabajo filosófico de hoy en el continente*, Memorias del XIII Congreso Interamericano de Filosofía, Universidad de los Andes, Bogotá, julio de 1994.

Badie, Bertrand y Smouts, Marie-Claude. *Le retournement du monde. Sociologie de la scene internationale*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques & Dalloz.

Deutsch, Karl. *Nationalism and social communication*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966

Eco, Umberto. *Apocalípticos e integrados*, Editorial Lumen.

Featherstone, Mike (ed.). *Globalization. Social theory and global culture*, Londres, Sage publications.

Featherstone, Mike (ed.). *Global culture. Nationalism, globalization and modernity*, Londres, Sage publications, 1990.

- Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, 1992.
- García-Carclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1993.
- Geertz, Clifford. *The interpretation of cultures*, New York, Basic Books, 1973.
- Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente*, Barcelona, Pa dós, 1990.

## REVISTAS

- Brucker, Pascal. "Una cultura para embalsamar", *Letra Internacional*, N° 33, 1994.
- Derrida, Jacques. "The deconstruction of actuality?", *Radical Philosophy*, N° 68, 1994.
- Fumaroli, Marc. "Contra la cultura de masas", *Letra Internacional*, N° 33, 1994.
- Martín Barbero, Jesús. "Modernidad y posmodernidad en la periferia", *Politeia*, N° 13, 1992.
- Montoya, Jairo. "Pertinencia e impertinencia del debate en torno a la posmodernidad", *Politeia*, N° 10, 1992.
- Pereda, Rosa María. "La cultura de la década", *Letra Internacional*, N° 33, 1994.
- Piscitelli, Alejandro. "Sur, Post-Modernidad y después...", *Politeia*, N° 10, 1992.
- Rieff, David. "¿Una cultura mundial?", *Letra Internacional*, N° 33, 1994.
- Rodríguez Tous, Juan Antonio. "Estado y cultura, tres consideraciones", *Letra Internacional*, N° 33, 1994.



## PRENSA

- Bell, Daniel. "El choque de las civilizaciones", *La Prensa*, sábado 5 de agosto de 1995.
- Cardels, Nathan. "El conflicto es cultural", *El Tiempo*, domingo 4 de julio de 1993.
- Pastrana Rodríguez, Eduardo. "Acerca de la posmodernidad", *La Prensa*, martes 4 de julio de 1995.